



VILABASALVASO

Así se llama nuestro pueblo, Vilabasalvaso, pero en los tickets de tren, para acortar, se escribe «Vil'so». Por eso todos le decimos así: Vilso.

Vilabasalvaso está repleto de casas que miran al ferrocarril. Toda nuestra vida gira alrededor de los trenes.

O giraba.

La oficina del jefe, el telégrafo que ya no funciona, el almacén para la mercadería, la casa de Máquinas donde se reparan las locomotoras, los cobertizos con los hierros y las maderas y el balasto para la construcción de las vías...

Quien más quien menos trabaja para el ferrocarril. Mi abuelo ya era guarda de tren. Y mi padre.



Yo, sin embargo, no podré serlo.

Pero tengo un perro: *Patín*.

«*Patín*» es la parte de abajo de los railes, la que está sujeta a las traviesas. Y también un chucho sin raza, que tiene un poco de labrador y un poco de sabueso, con las orejas muy largas y redondas y el pelo marrón. ¡Mi perro!

Aún es un cachorro.

Mi padre me lo regaló el día que llegó la noticia. Ya se veía venir, decían. Pero yo no veía nada hasta que me lo dijeron:

—Van a quitar la línea ferroviaria.

—¡Eso no puede ser! —contesté yo.

—Sí, acaban de confirmarnos que dentro de un mes pasará el último tren.

—¡Pero eso es imposible! —insistí—. Yo voy a ser guarda de tren, como...

Miré a mi padre. Cabeceaba afirmando muy serio.

—¡El último tren! —grité—. ¿Y qué va a ser de Vilso?

Entonces mi padre me dijo:

—Ven, Tadeo, tenemos una cosa para ti.

La cosa era *Patín*, una bolita marrón y peluda, rodeada de orejas.

Por supuesto, me olvidé de los trenes y de Vilso y de mi enfado.

¡Tenía un perro!



PATÍN

Me sigue a todos lados. Me encanta cómo mueve el trasero y husmea los jardines y los árboles del paraíso, los prados o la puerta del almacén de mercaderías.

Los girasoles.

A veces arrastra las orejas.

Sus ojos son redondos y se inclinan al mirar como si sintiera mucha lástima. Cuando me mira así, le abrazo y le doy besos. Su lengua áspera me chupa la mejilla.

—¿Quieres lavarte las manos y dejar de sobar a ese perro? —me grita mi madre.

Yo no le hago caso y pienso en *Arturo*.

Arturo era el perro de mi abuelo. Quiero que *Patín* acabe siendo tan fiel como *Arturo*.

El día que mi padre me contó la historia de *Arturo* lloré. Tiene que ver con Vilabasvaso y con los trenes y con mi abuelo.

Mi abuelo se llamaba Tadeo, como yo, pero todos le llamaban Taíto, de Tadeíto. Son las manías de este pueblo que está lleno de ferroviarios, de italianos y de árboles del paraíso.

A veces mi amigo Marcial y yo nos sentamos sobre el puente y tiramos piedras al río mientras hablamos de mi abuelo y de su padre: el bisabuelo Jacobo.



Porque Vilabasalvaso no sería Vilabasalvaso si no llega a ser por el bisabuelo Jacobo.

También a *Patín* le gusta escuchar las viejas historias de Vilso. Apoya la cabeza entre las patas y sus orejas se despliegan por el puente como dos mantas.

El murmullo del río y de los trenes parece crecer en el silencio que antecede a mis palabras. La selva se abre y allí, en la boca del pueblo, se llena de raíles y traviesas por donde llega la serpiente que silba y echa humo:

El tren de Vilso.

Nuestro tren.

Ese es el camino de hierro que abrió el bisabuelo Jacobo.

Ese es el camino de hierro que va a desaparecer.